

Reseña

Luis A. Berríos Burgos. (2012). *Regreso a la escuela*. San Juan, PR: Ediciones Puerto.

Nellie Zambrana Ortiz

Departamento de Fundamentos de la Educación
Facultad de Educación, UPR – Río Piedras
nellie.zambrana@upr.edu

Cuando Luisito logra su “*Regreso a la escuela*”, a los 12 años, Luis el adulto octogenario consigue reconciliarse con el duro crecimiento y desarrollo que le tocó vivir. Para ello, produce un relato desdoblado en tres voces, entrelazadas ellas por el amor, el sacrificio y la esperanza.

Regreso a la escuela es una oda a la esperanza trabajada, a la familia-hogar, a la voluntad-valor y al aprendizaje como meta. Estas relaciones temáticas que propongo desde mi lectura son ejes para una trama que es autobiográfica y psicoantropológica, que ubica el valor de “aprender a aprender” como proyecto de vida y proyecto de país, desde la mirada de un universitario jubiloso. La obra, de 513 páginas, es un detallado testimonio de vida narrado desde la etapa de niñez tardía y adolescencia temprana —12 años— de su autor. La voz del niño-joven se multiplica en tres voces, que explicaré luego, y que se hilvanan a través de los 35 capítulos de texto, que convierten su narrativa en 35 episodios de claras y diáfanos memorias de una niñez y una juventud intensas, fuertes, sacrificadas y demasiado duras para un protagonista de esa edad. Esta historia nos revela una sociedad que no protegía, ni garantizaba, derechos básicos como la educación accesible y el techo seguro a la niñez puertorriqueña pobre y sus familias obreras. La desigualdad y los atropellos son evidentes a lo largo de toda la historia, pero el autor decidió canalizar las crisis como momentos para el cambio y la superación, moldeando su psiquis hacia la fortaleza y no a la vulnerabilidad.

Este intenso relato me tomó casi de la mano, llevándome por parajes pintorescos, de naturaleza abundante, y de personajes típicos e his-

tóricos que recuerdo de mi propia niñez y que tiene su permanencia en nuestra cultura: religiosas que hablaban por lo bajo en una guagua; mujeres liberales que daban de qué hablar; maestros que iban de ruralía en ruralía; otros que se enfrascaban en discursos políticos que miraban el futuro del siglo 21; amas de casa haciendo magia con lo escaso; choferes; cantineros; vendedores de viandas, de dulces y víveres; “borrachos cuenteros”; veteranos de guerra; curiosos, chismosos; alcaldes, entre otros y otras.

La narrativa está repleta de datos históricos, geográficos y paisajistas del Puerto Rico de 1940, con diálogos sobre asuntos políticos, éticos y sociales que enmarcan la paupérrima situación que laceró la vida de muchas familias campesinas puertorriqueñas, que malamente sobrevivían “arimadas” a tierra ajena —generalmente a algún familiar más pudiente— durante la época de la Gran Depresión Económica de 1925 al 1940, así como una escuela escasa, pero muy valorada. Todas estas narraciones se contextualizan en ambientes que una, como lectora, puede fácilmente imaginar, dada la abundancia de adjetivos, refranes, metáforas y símiles.

No negaré que tuve que recorrer al diccionario o a la sabiduría de mis padres en varias ocasiones para aclarar términos como *trasmallo*, *cogollos*, *cocotero*, *jáquimas*, *hillejo*, *chongos* o *atarraya*, cuando mi propia capacidad de predecir el significado en contexto me fallaba. Luis Antonio —en la trilogía adulto-niño-joven— no solo cuenta su historia, sino la de todo un pueblo: la realidad de muchas familias pobres y otras ricas, con la abundancia de lugares y costumbres, que bien podría ser montada en varias obras teatrales.

“Del apurado es que salen los recursos...”, refrán que encierra una escuela de vida... Luis Berríos Burgos utiliza sabiamente un estilo propio de un antropólogo cultural con visos de cuentero para entrelazar los relatos de su historia en tres voces: la propia, de Luis Antonio, el niño-joven de 12 años; la del narrador, ya adulto, quien revive y se ve obligado a investigar y revivir su propia historia y desarrollo, y “Pollito”, un pollo vivo que la sabia madre le dio para que emprendiera camino a la escuela en Ciales, y que hubiera podido comer en caso de extrema hambre. Pollito es un pico parlanchín empedernido, narrador vigilante del alma, que, siempre atento, estaba a cada paso que daba su niño-amor-coprotagonista. Este desdoblamiento ocurre de forma muy natural: al emprender una nueva y larga travesía llena de inesperadas aventuras y peligrosos agravios, o como voz extrainterior, la que saldría de un observador preocupado, de un espectador social que podía

dar cuenta de los violentos escenarios, que daba vida a los miedos que todos podríamos sentir si estuviéramos en el cuento, y también ayudaba a narrar las interioridades de los líos y problemas en los que, muchas veces, el destino llevaba a enfrentar a Luis Antonio. Pollito llama a Luis “amo y protector”, pero para mí, como lectora y psicóloga del desarrollo, es la voz de la conciencia social, que le exige tomar precaución ante el peligro. La tercera voz representa la dimensión interna del niño-joven, la que le urge a actuar con valentía y arrojo, en ocasiones, y precavido, en otras. Estos pensamientos pueden *leerse diferenciadamente* de otras ideas gracias a la cualidad de la letra escrita en *bastardillas*. Estos eran pensamientos, introspecciones, manejadas por el autor. Esta compañía de plumas y pico termina la travesía con él, evitando ser convertido en asopao, de no ser porque Luisito lo crió y preparó como gallo de pelea. Pollito fue el símbolo de la supervivencia a la adultez combativa.

Debo confesar que, las adversidades que pasó Luis, el niño-adolescente, me dejaron un sabor agridulce y una queja-protesta de que ningún niño o niña o adolescente debe sufrir tanto por ser pobre.

Las partes que son *autorrelatos y reflexiones* del púber Luis Antonio están cargadas de una transparencia de alma que nos regala la idealización de la escuela como lugar único, necesario y prestigioso, donde cada persona cocina y cosecha los saberes que se saborean allí y solo allí. No me cabe duda de que, para Luis Antonio, el escritor adulto, esta trilogía le sirvió de paleativo anímico para poder presentar, en este tiempo de su propio desarrollo, las peripecias físicas, mentales y afectivas que lo formaron como ser humano. Las partes más elocuentes de la voz del niño-hijo narradas desde la adultez ocurren a través de diálogos, a veces informativo, muchas veces tierno y cautivante, y otras autoritario y protector, entre su madre y él. Rosa, su progenitora, fue un ser casi mítico, como muchas mujeres que lactaron a sus hijos y criaron otros que pudieron enfrentar el monstruo de la hambruna y la influenza pandémica. Esta mujer fue criadora de los suyos y de los otros, cocinera que hacía magia con casi nada, que preparaba la comida en todo el proceso —desde alimentar la gallina hasta hacerla asopado—, la mano que alimentaba a los peones de la tierra que no era de ella, la obrera mal pagada del planchado con carbón para otros, la agricultora, la que cuidaba de los animales... y como si esto no bastara, la que también tenía que administrar un hogar que cambiaba de lugar con frecuencia; de cuidar y velar por un esposo enfermo, frustrado y oprimido; de cuidar, vestir, alimentar y guiar, con inmensa ternura y

firmeza, a su prole de 14, de los cuales Luis Antonio era el segundo y más diestro. Este cuadro sitúa el trabajo de la mujer como el pilar más fuerte de donde se sostenían muchas personas: trabajadores, peones, hijos, hacendados, familias, que se llevó a muchos maestros a las filas mortíferas de la guerra. La naturaleza, en su furia, acababa con las cosechas y la materia prima, arrasaba los débiles y paupérrimos hogares de los campesinos, y la guerra dejaba huérfanos a miles, además de que empeoraba la situación económica, sobre todo de los más desposeídos.

Hablando de las aplicaciones de esta obra: como referencia histórica —en la tradición de historia oral— que se relata por un ciudadano, la lectura de algunos capítulos darían margen a la elaboración de actividades de taller investigativo en estudiantes de la misma edad y mayores. Esto se puede combinar con textos que relaten la historia oficial, como noticias de periódicos e, inclusive, otros relatos, de manera que la indagación, el análisis y la interpretación cobrarían mayor pertinencia en los estudiantes universitarios de hoy día. La problematización de las situaciones de opresión son vitales para que los niños y jóvenes hagan el puente histórico y, a la vez, vean la historia como un espacio que se crea y se hace. Por ello, no tenemos que repetir las situaciones de opresión, sino superarlas y dominarlas, y echar mano de los mecanismos sociales para ejercitar los derechos de los niños, niñas y adolescentes.

Como novela autobiográfica —una mirada desde los ojos de un niño de 12 años— que explota un vocabulario del campesinado diestro en muchos oficios, hoy día desconocidos, pero interesantísimos y muy valiosos, y que utiliza múltiples metáforas, símiles y refranes populares de la época. Las pintorescas metáforas, sin duda, animarían el talento de los cuenteros y cuenteras, así como el desarrollo lingüístico. El uso de la poesía de su tocayo, Luis Lloréns Torres, juanadino como yo, es un remedio espiritual para sus penas y un arrimo a la esperanza.

Como estudio de caso, en la rama de la genealogía, el autor-niño-joven desea aclarar, en sus diálogos informados con su madre, las relaciones familiares que no le son del todo claras o que dan indicios de haber subvertido algún orden aprendido. De ahí que se hilvanen historias sobre las relaciones de parentesco sanguíneo de sus abuelos y abuelas, y que son emblemáticas para casi todos y todas las personas de su corta edad. El aguante mental se lo dan sus férreos valores, lamentablemente aprendidos en la pobreza económica, en el apetito consolado

por pan y sopa, pero sobrecogido de múltiples experiencias afectivas de apego intenso.

Útil como documentación, muestra cómo se vivía y se toreaba la opresión y la inexistencia de derechos humanos. Sirve de base para aprender de la esclavitud moderna, de la explotación infantil y otros males que aún se arrastran. El campesino y sus familias vivían un régimen casi absolutista, en el cual estos sí tenían la ineludible obligación de prestar sus servicios al que les daba el techo, que requería el manejo de sus fincas —principalmente durante las épocas de siembra y cosecha—, cuidado de animales para el consumo de su carne y de sus productos, elaboración de alimento, faenas de planchado y alimentación de peones, con el dinero que escasamente ganaban: cinco dólares al mes. Si el sostén de una familia de arrimados sufría un grave percance, como un accidente en su trabajo o una enfermedad prolongada, él y su gente tendrían que encarar el desastre. Era la pseudolibertad: no eran esclavos, pero trabajaban como tal, sin servicios médicos, como ciertamente lo pasaron, y de protección en casos de desastre natural. La familia arrimada, en momentos de desgracia, así como en el tiempo muerto de cosecha, se veía en la necesidad de buscar un nuevo arrimo o resignarse al fracaso total y absoluto.

El niño Luis Antonio estaba ávido de aprender, más de lo que ya sabía, que era enciclopédico. Pero su deseo de ir a la escuela se veía truncado por las múltiples faenas que tenía que realizar para mantener a su familia y ayudar a su madre, para compensar las largas ausencias de su padre, domador de toros, veterinario sin título, pintor y carpintero que tenía que laborar —por necesidad— lejos del humilde hogar que había erigido. Esta condición lo llevó al abuso del alcohol, y que en sus relatos el niño Luis Antonio describe con detalles, a la vez que genera un conocimiento de la condición como enfermedad, que lo hace madurar prontamente como persona. En sus reflexiones, Luis justifica por qué debía seguir ayudando a su familia, en vez de ir a la escuela. Su cuarto y quinto grados le fueron arrancados de su experiencia estudiantil, más su aprendizaje del mundo, de las personas y de las relaciones consanguíneas, y de los estragos de la Guerra, entre otros eventos históricos, no se acabó nunca. Por ello, el aprendizaje-meta es una clara línea psicológica en este relato. Luis se confronta también con que su ideal de escuela es escaso: para el pobre que no tuviera un aula cerca, era casi inaccesible, a no ser por las travesías que hizo Luis en compañía de Pollito, de pueblo en pueblo, de guagua en guagua y de aventura en aventura.

Su ansiado y logrado *Regreso a la escuela* deja de ser título para convertirse en un reclamo ardiente, afectivo y desesperado de un niño-joven para quien la escuela, las maestras y maestros, y el acto de aprender son herramientas que esculpen la personalidad. Supo capitalizar con la sabiduría de su madre y los encuentros y experiencias con otros adultos y adultas, al estilo autodidacta: información que no pudo haber tenido en la escuela, pero que le pavimentó el camino para generar el conocimiento y aprovechar las vías alternas de cómo conseguirlo a la manera ruda, aleccionadora sí, pero que debemos tratar de cambiar por una “pedagogía de la calle” que no violenta la dignidad humana, de la mano de una “pedagogía de la esperanza” con la que se aprende del trabajo en las fincas, por la aventura y por la solución de problemas, de respeto al medioambiente y la conservación de recursos.

Las crisis económicas no son eventos naturales, pues son provocadas por el abuso del poder. A la vez, son un llamado a los educadores, a retomar la *pedagogía de la ternura y de la emoción*, así como la *pedagogía de la esperanza*, pues Luis nunca la perdió, aún en los peores momentos en que podía desfallecer. Es un llamado a la valentía y a la lucha por la justicia desde el trabajo y la dignidad, reconociendo que somos seres sociales que aprendemos mejor con afecto, respeto y en contexto, y que la escuela puede ser y es varios contextos en uno: multiforme por la diversidad de contenidos que puede enseñar y los modos de hacerlo.

Finalmente, agradezco a las doctoras Juanita Rodríguez y Maribel Rodríguez, quienes me sugirieron y facilitaron el texto para su lectura y análisis. Mucho más, agradezco la oportunidad de compartir mis impresiones en persona con el Dr. Luis Berríos Burgos, ex decano de la Facultad de Administración de Empresas, en ocasión de la Semana de la Educación de este año, 2014, que me ampliara en su propia voz y estilo algunas escenas de su intenso y ejemplar *Regreso a la escuela*.